

Cuarta época

El fin de la Reconquista y el comienzo de la unidad nacional (siglos XIII-XV)

369. Caracteres generales.—Después de la muerte de Fernando III y de Jaime I, se paraliza la reconquista de España. Aragón y Cataluña, en virtud de los tratados hechos, no encuentran ya donde extenderse en la Península sin tropezar con fronteras castellanas, y dirigen su actividad política hacia comarcas extranjeras con las que, de antiguo, el genio comercial de los catalanes mantenía relaciones. Desde fin del siglo XIII al XV, se cumple la expansión mediterránea de aragoneses y catalanes, que lleva un poderío á gran parte de Italia y al imperio bizantino. Por su parte, León y Castilla, no obstante quedar aún gran extensión de terreno en Andalucía bajo el poder musulmán (desde Cádiz á Granada, con toda la costa), detiene el gran impulso conquistador de Alfonso VI y VII y de Fernando III y se contentan con algunas expediciones fragmentarias de más brillantez que éxito positivo, ó con ejercer una influencia política sobre la dinastía Nasrida ó Nazarita de Granada (§ 224), pero sin conseguir que se modifique de un modo importante la línea fronteriza de los Estados musulmanes, que sigue siendo esencialmente la misma hasta que, á fines del XIV, los Reyes Católicos dan el paso definitivo en la Reconquista. Durante todo este período absorben toda la actividad de los

castellanos los problemas internos políticos y sociales, á saber: de un lado, la lucha entre la nobleza y la monarquía y la crisis formidable por que atraviesa la segunda en sus deseos de fundar un poder unitario y absoluto frente á la anarquía señorial y concejil dominante; y de otro, el cambio que se produce lentamente en la vida, desde el tipo señorial al burgués, base de la moderna. Las cuestiones personales que se suscitan durante todo este tiempo entre individuos de la familia real ó entre favoritos de los reyes y los nobles (aparte del fondo humano y de todas épocas que hay en ellas), no son sino la expresión de aquella lucha, ó bien de ella se amparan para el logro de sus respectivos deseos. Por eso la guerra entre Don Alfonso X y su hijo Don Sancho tiene un valor representativo muy superior al de una mera disensión doméstica fundada en motivos de egoísmo; de igual modo que la figura de Don Alvaro de Luna y sus peleas continuas con los nobles significan algo más que una pura disputa por el poder.

La terminación, juntamente, de estas luchas y de la reconquista, es la obra de los Reyes Católicos, que cierran así la Edad Media, á la vez que fundan la Monarquía moderna y la unidad política y territorial de España, en los límites posibles entonces. Son, de este modo, el eslabón que une dos Edades, pero más inmediato á la nueva.

I.—HISTORIA POLÍTICA EXTERNA

LEÓN Y CASTILLA

370 Alfonso X.—Guerra con los moros.—Sucedió á Fernando III, en 1252, su primogénito Alfonso, cuyo reinado no ofrece en el orden político más que dos hechos importantes: uno correspondiente á la lucha interna, que se estudiará en lugar oportuno, entre las aspiraciones de la monarquía (perfectamente representadas por Alfonso) y las licencias anárquicas de los nobles, y otro las aspiraciones al trono imperial de Alemania, que á poco si realizan el sueño acariciado por otros reyes castellanos (§ 236) de traer á España el centro del Imperio europeo; como al cabo ocurrió en parte, tres siglos después, con Carlos V.

Estos dos hechos llenan la historia externa de Alfonso X con múltiples y variadas manifestaciones que se enlazan entre sí, aumentada su complejidad con un nuevo elemento personalísimo, que no fué la menor entre las causas de las desdichas que amargaron la vida del rey é hicieron infructífera en gran parte, por entonces, su obra política, á saber: la indecisión de su espíritu en punto al nombramiento de sucesor á la corona y sus debilidades y pugnas con su segundo hijo Sancho. Con todo esto, quedaron obscurecidas las prendas militares del rey y abandonado en rigor el pensamiento de proseguir activamente la Reconquista, á cuya obra había contribuído siendo infante Alfonso X, con su participación en las conquistas de Murcia y Sevilla. Hubo, no obstante, guerra con los moros en varias ocasiones. La primera, por iniciativa del propio Alfonso, que prosiguiendo el pensamiento de su padre, concertó una expedición ó cruzada al África, fracasada por desavenencias de los reyes de Portugal y Navarra, pero á la cual prestaron su aprobación los Papas Inocencio IV y Alejandro IV (1254-55). Aprovechando las fuerzas reunidas (entre ellas una fuerte escuadra preparada en las costas del Norte), y ayudado por el rey moro de Granada, su vasallo, atacó Don Alfonso á Cádiz (14 de Septiembre de 1642), apoderándose por sorpresa de la ciudad y de la isla, con gran botín; con lo cual hizo desaparecer uno de los importantes centros de corsarios, que llegaban á molestar á la plaza de Sevilla. Al año siguiente se tomó á Cartagena, donde se habían sublevado los moros, y el rey aseguró el dominio de ambos lados construyendo castillos y favoreciendo el establecimiento en Cádiz, Rota, Sanlúcar y Puerto de Santa María (por él fundado), de población cristiana, en especial marineros cántabros. Poco después ganó la villa de Niebla (en cuyo sitio se habla por primera vez en España del uso de la pólvora y de la artillería por los moros) y otros varios pueblos del Algarbe (aun en poder de musulmanes). A esto se redujo la acción militar directa de Don Alfonso. Porque, si bien se produjo la guerra, fué en esta segunda ocasión por iniciativa de los mismos musulmanes, y sobre todo del rey de Granada, que se sublevó de concierto con los de Jerez y lugares inmediatos y los de Murcia, y con socorro del de Marruecos. Don Alfonso, apo-

yado por Jaime I de Aragón, sostuvo la guerra por la parte de Jerez, en Granada y en Murcia, y logró reconquistar la primera de las plazas citadas, dominar á los otros pueblos y castillos sublevados y obligar á rendición al de Granada y los suyos. La guerra continuó, no obstante, aprovechando Alfonso X desavenencias entre el rey granadino y varios walíes ó gobernadores suyos (de Málaga, Guadix y Comares) y el rey de Granada, el descontento de varios nobles castellanos, que le ayudaron en la rebelión; hasta que, muerto Ben-Alhamar, y convenidos entre sí Don Alfonso y sus nobles, se firmaron paces (1272).

371. La aspiración al Imperio.—La idea capital de la Reconquista quedó obscurecida, según dijimos, por otras aspiraciones políticas del rey. Las dos menos importantes, pero más inmediatas, se refirieron á Navarra y á Gascuña. Las pretensiones de los reyes de Castilla al dominio de Navarra sabemos que se habían demostrado repetidamente en tiempos anteriores, siendo frecuentes las luchas, en especial por el territorio de la Rioja. Sucedió en esto la muerte del rey navarro Teobaldo I (1253), recayendo la corona en su hijo, de 15 años de edad, Teobaldo II. Aprovechó las circunstancias Alfonso para tratar de invadir la Navarra, cuya regente (la reina viuda Doña Margarita) se había acogido, en previsión, al apoyo de Jaime I. La guerra no estalló, gracias á la mediación de prelados y nobles, que lograron se ajustase una tregua.

El ducado de Gascuña, incorporando de derecho á Castilla (por haber entrado en dote de la mujer de Alfonso VIII), se empeñó por entonces en guerra con los ingleses y pidió el auxilio de Alfonso X, que lo concedió, con ánimo de consolidar su dominio; pero también este intento quedó baldío, por haberse allanado el rey á las proposiciones de paz del de Inglaterra, y pactado el casamiento de su hermana con el príncipe inglés Eduardo, con renuncia, por parte de Don Alfonso, de todos sus derechos y las de sus descendientes al ducado de Gascuña (1254): con lo que quedaron separadas las dos porciones del país vasco (aquende y allende el Bidasoa) y se dió margen á rivalidades mercantiles entre ellas, como veremos.

Ambos fracasos quedaron obscurecidos por la nueva y más importante empresa del Imperio. Vacante éste, teniendo dere-

cho á él Alfonso, por causa de su madre (de la casa ducal de Suabia) y siendo su fama de hombre sabio general en Europa, muchos de los electores imperiales le nombraron emperador en 1257. Tomó Don Alfonso á gran empeño este asunto—de indudable trascendencia—y no sin base para hacerlo así; pues, además de los votos obtenidos, contaba con la general simpatía de los italianos y de muchos alemanes. De este modo se explica que el rey hiciese grandes esfuerzos en primer término pecuniarios, enviando una escuadra á Génova con ejército de desembarco, y no regateando gastos para sostener la guerra, que se promovió desde luego, por no aprobar algunos príncipes ale-



Fig. 125.—Dibujos tomados de miniaturas antiguas que representan á Don Alfonso X acompañado de un obispo y de un mensajero.

manes la elección de Alfonso, apoyando en su lugar á un hermano del rey de Inglaterra, y al morir éste (en 1271) al conde Rodolfo de Hapsburgo. Si Don Alfonso no hubiese tenido en contra primeramente la resistencia pasiva de los Papas Urbano IV y Clemente IV y luego la formal oposición de Gregorio X que apoyó al de Hapsburgo, y si, además, las frecuentes sublevaciones de nobles castellanos, las guerras promovidas por el rey de Granada y la poca simpatía con que en general veíase aquí

el negocio de Alemania no le hubieran retenido años y años en la Península, sin poder, ni atreverse, á verificar el viaje para tomar posesión del Imperio—como á ello le instaban sus partidarios de allá,—hubiera sido indudablemente muy otro el resultado de esta empresa. Pero todas estas circunstancias le perjudicaron grandemente. Inútil fué ya que, enojado el rey por la oposición de Gregorio X y aprovechando un período de calma que hubo en Castilla, decidiese el viaje, enviando á Marsella una fuerte escuadra y pasando él mismo á Francia para tratar con el Papa.

No consiguió vencer la resistencia de éste; antes bien, llegó Gregorio X, en vista de que Alfonso insistía en sus pretensiones, promovía guerra en Italia y usaba el título ó insignias de emperador, á amenazarle con la excomunión. Fracasó con todo esto la empresa del Imperio, que fué nuevo motivo para el descontento del pueblo castellano y, en primer lugar, de los nobles.

372. Las luchas interiores.—Tan desgraciado como en las empresas exteriores fué Don Alfonso en las de política interior. Partidario de la forma absoluta de la monarquía contra la anarquía señorial, influido por el derecho romano, cuyo estudio tenía ya gran fuerza en toda Europa, y por sus aficiones á todo género de cultura, que le creaban ideales poco compatibles con el carácter de las luchas políticas, tuvo desde el primer instante enfrente de sí á aquella aristocracia señorial, levantisca, orgullosa, poco escrupulosa de conducta, pronta á la sublevación y resueltamente enemiga, por egoísmo, no por conveniencia general, de los actos de autoridad del monarca. A estas causas se unieron otras dos de mayor apariéncia, aunque menos fundamentales: la pobreza del erario público, muy gastado en las guerras anteriores, que obligó á medidas radicales, pero desacertadas (si bien muy comunes entonces en todo el mundo), y el carácter desprendido, liberal y algo fastuoso del rey. No hay para qué decir si estas dos circunstancias—de las que mayor impresión causan en las muchedumbres—serían aprovechadas por los enemigos de las ideas políticas de Don Alfonso. Éste, además, aunque valiente y arrojado en los combates, era débil de voluntad, y, como débil, terco unas

veces, indeciso y variable otras: lo cual le perjudicó mucho en la resolución de conflictos interiores y aun domésticos.

Comenzó el rey por rebajar el tributo que pagaba el soberano moro de Granada; y al propio tiempo hizo alterar el valor de la moneda, mandándola acuñar de más baja ley que la antigua, lo cual trastornaba grandemente al comercio. Ante las muchas reclamaciones de los castellanos (análogas á las de los catalanes con Dón Jaime), dió tasa para las mercancías, remedio que no consiguió su fin, por lo cual suspendió sus efectos para volverlos á aplicar poco después, ordenando nueva alteración de la moneda que agravó más y más el conflicto económico y el descontento de la población. Y como al propio tiempo el rey—sin cuidarse de estos apuros pecuniarios—aumentaba los sueldos de los criados y cortesanos de su palacio, gastaba un dineral en las bodas de su primogénito Fernando de la Cerda (llamado así por un pelo largo que le nació en el pecho) con Doña Blanca, hija de Luis IX de Francia, bodas celebradas en Burgos con asistencia de reyes, príncipes y señores de toda Europa, y hacía regalos como el enorme de 10,000 marcos de plata para rescatar de la usura al hijo del emperador de Constantinopla, sobrino suyo (amén de lo que suponían los gastos de la elección de Alemania) las quejas generales iban en aumento día por día.

A la vez que estos desaciertos del orden económico, ejercía Don Alfonso actos de autoridad política poco discretos en su aspecto nacional y reveladores de la conciencia que tenía del poder absoluto de la Corona. Fueron éstos: la cesión del Algarbe al rey de Portugal, el levantamiento del feudo que debía éste á Castilla, y la renuncia de los derechos al ducado de Gasuña (§ 371). Los nobles castellanos consideraron estos actos principalmente como abusos de autoridad y síntomas de absolutismo en el rey; y con aquella deplorable facilidad que tenían para sublevarse, lo hicieron varias veces, dirigidos por el infante Don Enrique, por Don Lope Díaz de Haro, señor de Vizcaya y otros señores, ora desnaturalizándose y ofreciendo sus servicios á los reyes de Aragón y Navarra, ora ayudando á los moros de Granada, ó formando liga con unos y otros y aun con los musulmanes de Marruecos, sin que valiesen las concesiones

extraordinarias de mercedes que les hizo el rey en las Cortes de Burgos de 1271, ni los castigos terribles que á menudo imponía, de que son testimonio el hecho de haber mandado quemar vivo, algún tiempo después, á Don Simón Ruiz de Haro y hecho estrangular al infante Don Fadrique. Al cabo, ocurrida la muerte de Alhamar de Granada, se consiguió un período de paz relativa.

373. La cuestión dinástica.—Muerte de Alfonso X.—En semejante estado hallábanse las cosas, y ausente Don Alfonso de España, cuando ocurrieron sucesos militares gravísimos, originarios de una nueva cuestión de política interior. Los moros de Granada, deseosos de desquitarse de pasados reveses, concertaron el auxilio de los Benimerines, que habían sucedido á los almohades en el dominio del África del Norte, y éstos desembarcaron en Tarifa con fuerte ejército. Acudieron los soldados castellanos, y la suerte les fué contraria en dos batallas consecutivas. En la primera murió el general de la frontera, Don Nuño González de Lara, con otros nobles; en la segunda pereció el infante Don Sancho, hijo de Jaime I y arzobispo de Toledo, y gracias al arrojado señor de Vizcaya pudo recobrase la insignia del Arzobispo y efectuar una retirada ventajosa. En esto, el primogénito del rey, Don Fernando, que se disponía á salir á campaña con nuevas fuerzas, enfermó gravemente y murió en Ciudad Real (1275), dejando dos hijos, al mayor de los cuales, según la ley establecida por el propio Don Alfonso, correspondía la herencia de la Corona. La ambición del segundo hijo del rey, Don Sancho, se manifestó en esta ocasión produciendo nuevo conflicto. Apenas supo la muerte de su hermano, se apresuró á concertarse con los nobles desafectos al rey para que le apoyasen en su pretensión de ser el heredero de la Corona, pretextando que la costumbre antigua era que fuese el pariente más cercano, y además que su sobrino, el hijo mayor de Don Fernando el de la Cerda, era de muy corta edad. Don Sancho no dejó de apoyar sus razones con ofrecimientos de grandes mercedes á los nobles. Con este apoyo logró que á su vuelta de Francia, Don Alfonso, contradiciendo no sin violencia interior el orden que previamente había establecido, hiciese jurar por heredero á Don Sancho,

perjudicando á los infantes de la Cerda. Huyeron éstos á Aragón con su madre, pero no lograron apoyo de sus derechos; antes bien Don Sancho alcanzó del rey aragonés que tuviese encerrados en la fortaleza de Játiva á los infantes, para que no promoviesen guerra, hasta que, apretado Don Alfonso por el rey de Francia, Felipe III, tío de los de la Cerda, se contradijo nuevamente, concertando la formación de un nuevo reino en el territorio de Jaén, desmembrándolo de Castilla, (pero bajo feudo de ésta) para el mayor de los infantes. El resto de los reinos lo dejó á Don Sancho. Pero á éste no acomodó semejante partición; y, persistiendo en ella Don Alfonso, se produjo la guerra entre padre é hijo (1281). Tuvo ésta varias vicisitudes, llegando los partidarios de Don Sancho, que lo eran casi todos los nobles—los cuales hallaban así ocasión de manifestar su odio al rey y de mantener su independencia y sus privilegios—á reunir Cortes en Valladolid (1282), en las cuales nada menos que fué depuesto del trono Don Alfonso; al paso que éste llegó á buscar el auxilio del rey de Marruecos y empeñarle la corona real por un préstamo de 60,000 doblas de oro. Al principio tuvo Don Sancho en favor suyo, como hemos dicho, á casi toda la nobleza, al clero y á la mayoría de los concejos; pero al cabo empezaron las deserciones, pasándose al campo de Don Alfonso muchos nobles y pueblos, é interviniendo el Papa que puso en entredicho á Don Sancho y los suyos, si bien éstos hicieron bien poco caso de la autoridad del Papa. En tal estado de la lucha enfermó Don Alfonso y murió á poco en Sevilla (1284). En su último testamento desheredaba á Don Sancho, daba el trono de Castilla al hijo mayor de Don Fernando de la Cerda, y formaba dos nuevos reinos: el de Sevilla y Badajoz para el infante Don Juan, y el de Murcia para Don Jaime.

374. Sancho IV.—Siguen las luchas políticas.—Aunque el precedente de deber Don Sancho el principal apoyo de su causa á muchos nobles pudiera hacer presumir que su reinado había de ser de gran calma en punto á las luchas entre los señores y la corona, no fué así, porque semejante lucha no era circunstancial ni meramente fundada en el carácter ó en los desaciertos de un rey, sino que respondía á la fundamental é

interna oposición entre las pretensiones políticas de ambos poderes. Ni los nobles habían de estar contentos sino con el completo logro de su independencia jurisdiccional, ni los reyes podían consentir el capricho y arbitrariedad constante de aquéllos. Además, las cuestiones domésticas, en la casa Real—merced al testamento de Don Alfonso y al carácter turbulento de infantes como Don Juan, hermano de Don Sancho—estaban en pie, y de ellas vinieron no pocos conflictos.

Don Sancho, sin respetar la última voluntad de su padre, se alzó como rey y fué reconocido por la mayoría de los pueblos y nobles; pero otros, acatando el testamento, apoyaron al primogénito de la Cerda, al paso que el infante Don Juan, cuyo nuevo reino de Sevilla y Badajoz no quiso admitir Don Sancho, se sublevaba con varios nobles, entre ellos el tantas veces citado Don Lope de Haro, antes muy amigo y parcial del rey. Acudió éste á los temperamentos enérgicos, de represión sanguinaria. Hizo matar al de Haro, encarcelar á Don Juan, pasar á cuchillo á 4,000 parciales de la Cerda, en Badajoz, castigar de igual modo á 400 en Talavera y ejercer otras *justicias* análogas en Ávila y Toledo. Ni aun así logró cortar de raíz las sublevaciones. El infante Don Juan, perdonado por el rey, volvió á rebelarse, buscando apoyo en los Benimerines de Marruecos. Entonces ocurrió el heroico hecho de Guzmán el Bueno, gobernador de Tarifa, plaza que sitiaba el infante con tropas moras. Amenazó éste á Guzmán con matarle un hijo de corta edad que tenía en su poder, sino entregaba la fortaleza. Guzmán despreció la amenaza, prefiriendo ser leal al rey y entregando su propio cuchillo para que la cumpliese el infante: rasgo de salvaje heroicidad, admirable en un tiempo en que tan quebradiza era la fe política. Don Juan correspondió á él de una manera brutal, haciendo degollar al niño al pie de las mismas murallas; pero Tarifa no se rindió. Con esto quedaron desbaratados los planes del infante y al propio tiempo los del rey de Marruecos, á quien ya antes había vencido Don Sancho por tierra y por mar, deshaciéndole la escuadra que tenía preparada en Tánger para hacer desembarco en España, y librando por entonces del peligro que tan grave fué en tiempos de Alfonso X por la alianza entre los moros africanos y granadinos.

Murió Don Sancho en 1295, y los contemporáneos le dieron el sobrenombre de *El Bravo*, por su arrojo en la guerra y su tesón en las diferentes luchas que hubo de sostener.

375. Nueva anarquía.—Doña María de Molina y Fernando IV.—Dejó Sancho IV un hijo de nueve años, habido de su mujer Doña María de Molina y llamado Fernando; y aunque fué éste proclamado rey en Toledo por numerosa representación de los tres brazos políticos de León y Castilla, levantáronse inmediatamente muchas parcialidades que le disputaron el trono ó dificultaron el gobierno, produciendo durante catorce años una espantosa anarquía. Volvió á sus pretensiones el infante Don Juan, y á las suyas el mayor de los la Cerda, uno y otro apoyados por el rey de Portugal, el de Aragón y el de Francia, que, como señor de Navarra, quería aprovechar la ocasión de tan grandes turbulencias para ensanchar los límites de sus dominios. El infante Don Enrique, personaje ambicioso y dominado por la avaricia, no obstante haber alcanzado desde el primer momento la regencia á que aspiraba durante la minoridad del rey, se alió más de una vez con los enemigos de éste, ó no se opuso á ellos con la energía que era debida, procurando en primer término para sí y concertándose con los moros de Granada para venderles la plaza de Tarifa y no hacerles la guerra. Muchos nobles, valiéndose del estado del país, mostraron su condición mezquina y bulliciosa, ora levantándose contra el rey y variando á cada paso de partido; ora traicionándole, ó defendiéndole tibiamente, ora pidiendo en pago de su lealtad nuevas mercedes sin cuya concesión se tornaban en enemigos; al paso que las ciudades, engañadas ó atraídas por el infante Don Juan, por los la Cerda y otros, negaban también con frecuencia la obediencia á Fernando IV y le cerraban las puertas cuando iba á ellas, como sucedió con Valladolid, Salamanca y Segovia. Hubo noble, como Don Fernando Ruiz de Castro, que se ofreció al rey con su gente á cambio de obtener en juro de heredad el castillo de Monforte de Lemus, y así que obtuvo la donación abandonó el ejército volviéndose á sus tierras. Llegó ocasión en que Don Fernando IV (ó, por mejor decir, sus fieles) sostenía guerra con el rey de Portugal, el de Aragón (apoderado del reino de Murcia), el de Francia, que

amenazaba por Navarra, el infante Don Juan, dueño de León, y los moros de Granada, sin que pudiera fiar mucho en la constancia de los que estaban á su lado, empezando por el citado Don Enrique. En medio de tanto peligro, la reina viuda, tutora de su hijo y gobernadora ó regente á la vez de Don Enrique, no perdió el ánimo ni la serenidad. Procuró irse atrayendo á las ciudades con donaciones ó promesas de fueros y privilegios, con su política dulce y el prestigio enorme de su palabra y de su presencia; desarmar á los nobles sublevados, ya haciéndoles concesiones, ya interesándolos por otros medios; apartar de la alianza con los rebeldes al rey de Portugal, no obstante las continuas infidelidades de éste, que sólo procuraba ir ganando villas para sí; evitar que Don Enrique vendiese la Villa de Tarifa; aplacar al rey de Aragón y sostener sin descanso la lucha, pidiendo y logrando subsidios de las Cortes y en especial de los Concejos, vendiendo sus propias joyas y sacrificándose de continuo. Así pudo llegarse á la mayoría de edad del rey (1303), declarada á los 16 años; y aunque no cesaron por completo las guerras, rebeliones parciales y conflictos con Aragón, la más grave dificultad estaba vencida, habiendo logrado Don Juan prestase obediencia al rey y el de Portugal se aplacase. Don Fernando, dando oídas á sus favoritos de entonces, antes enemigos suyos (el infante Don Juan entre ellos), se mostró ingrato con su madre, pidiéndole cuentas de la inversión de los fondos públicos y tomando graves determinaciones políticas sin su consejo y contra su parecer. De éstas fué el arreglo con el rey de Aragón, que señaló como límite de ambos Estados por la parte de Murcia, el Segura, quedando para Castilla la capital y todo el lado derecho, en lo cual perdía Don Fernando, si bien terminaba la guerra. A la vez se consiguió calmar á Don Alonso de la Cerda, concediéndole muchas villas y lugares.

Entonces pensó el rey en guerrear con los moros, y lo hizo así aliado con el de Aragón, que dió naves y soldados, atacando á Almería, Gibraltar y Algeciras; pero sólo se logró entonces conquistar la segunda de estas plazas, firmándose paz con los moros á condición de la entrega de las villas de Quesada y Bezmar, con sus castillos y 50,000 doblas. Apenas ter-

minada esta guerra, el infante Don Juan, siempre artero, promovió dos nuevas rebeliones, que hizo fracasar Doña María, celosa del bienestar de su hijo no obstante la ingratitud y apartamiento de éste.

De nuevo pensó Don Fernando el ir contra los moros, apeteciendo, sobre todo, la plaza de Algeciras. Mandó armar una gran escuadra, al paso que sus tropas cercaban Alcaudete; pero cuando se dirigía hacia allá cayó enfermo y murió.

Respecto de esta muerte corrió una leyenda de la cual procede el apelativo de *El Emplazado*, dado á Fernando IV. Cuéntase que éste hizo despeñar en Martos á dos hermanos llamados Carvajal, por creerlos autores del asesinato de un noble favorito suyo, no obstante protestar ellos de su inocencia; y que, habiéndole emplazado ante el tribunal de Dios por la injusticia que cometía, en el término de treinta días, al cumplirse éste hallóse al rey muerto en su cama. No hay testimonio verídico que certifique ni aun de la pura existencia de los hechos que se mencionan en esta leyenda.

376. Alfonso XI.—Nueva minoridad anárquica.—Dejó Fernando IV un hijo de apenas un año de edad, llamado Alfonso; y como las causas que habían engendrado las turbulencias de pasadas minoridades subsistían aún, se repitieron aquéllas, primero por cuestión de la regencia, que apetezían muchos, hasta que fueron nombrados en Cortes cuatro regentes: los infantes Don Pedro y Don Juan, tíos del rey; la madre de éste y su abuela, la ilustre Doña María de Molina, cuya prudencia y sagacidad política salvaron al nieto de graves peligros, confiándolo á los caballeros de Ávila y luego á los de Valladolid, que le permanecieron fieles. Habiendo muerto los cuatro regentes, la lucha se renovó por causa de la tutoría, ejercida por los infantes Don Juan Manuel y Don Juan el Tuerto (es decir, el contrahecho, hijo del que sitió á Tarifa en tiempo de Don Sancho IV). Los caballeros de Valladolid, que tenían en guarda al rey, lo declararon de mayor edad apenas hubo cumplido los catorce años (1325), y tales habían sido los trastornos sufridos por el país hasta entonces, que el rey halló «el reino muy despoblado», según dice la *Crónica*, porque «todos los ricos-hombres vivían de robos y de tomas que hacían en la tierra; y, ade-

más, los tutores echaban muchos pechos desafortados; y por estas razones vino gran mermamiento de las villas del reino». Don Alfonso, no pudiendo cortar los abusos y las sublevaciones por los medios ordinarios, acudió al muy admitido entonces del engaño, único posible en aquella época de continua traición y de espíritu anárquico: llamó á su palacio, bajo pretexto de avenencia, al infante Don Juan, y como hicieron en casos análogos su padre y su abuelo, lo mandó matar. Realizó lo mismo con otros revoltosos, y esto intimidó á los restantes, incluso á Don Juan Manuel, sometiéndose todos á Don Alfonso.

377. Invasión africana.—Apenas conjurados los peligros de la anarquía, estalló otro de diferente género, pero también muy grave. Los moros de Granada, que aprovechándose del estado interior de Castilla no cesaban de hostilizar la frontera—tanto que en la minoridad de Alfonso XI murieron en la guerra con ellos los infantes Don Pedro y Don Juan,—buscaron de nuevo la alianza de los Benemerines africanos, y éstos desembarcaron en la Península con gran ejército, apoderándose de la plaza de Gibraltar. La escuadra castellana fué derrotada por dos veces, y, si bien cerca de Lebrija el ejército español alcanzó victoria sobre el de los africanos, la situación era, en conjunto, de las más apuradas. Uniéronse entonces los reyes de Castilla, Aragón y Portugal, y marcharon juntos en socorro de Tarifa, sitiada por benimerines y granadinos. A orillas del río Salado dióse una gran batalla, favorable á los cristianos, y cuyo resultado fué que huyera el rey de Granada y los Benemerines se volviesen al África, sin intentar de nuevo desembarcos, aunque conservaron en Andalucía algunas plazas, como Ronda. Alfonso XI atacó en seguida la plaza de Algeciras, tomándola con auxilio de la escuadra, y trató también de recuperar la de Gibraltar; pero habiéndose desarrollado durante el sitio una epidemia de las que tan frecuentemente se presentaban entonces en los ejércitos—merced á la falta de aseo, de alimentación, etc.,—el rey enfermó gravemente, y al cabo murió (1350).

378. Importancia del reinado de Alfonso XI.—Excepción hecha de la batalla del Salado, parece, á juzgar por los acontecimientos externos que van narrados, no haber sido el reinado

de Alfonso XI más importante (incluso en lo político) que el de sus dos inmediatos predecesores. No fué así, realmente. La gran labor de Alfonso XI, una vez vencidas las turbulencias de su minoridad, fué la organización política y administrativa del país, continuando el pensamiento y la obra de su bisabuelo Alfonso X con mejor fortuna que éste y en un grado muy extenso, según explicaremos en su lugar oportuno. Y aun cuando no logró el nuevo rey extirpar la raíz de la anarquía, que nació en reinados posteriores poniendo en grave peligro á Castilla, echó los cimientos de la obra jurídica que había de permitir futuros progresos.

Su política externa logró también la definitiva incorporación de Álava á Castilla (1332), mediante la condición de respetar los *Fueros* ó leyes privativas de aquella comarca.

379. Don Pedro I.—La nobleza, la familia Real y los bastardos.—Alfonso XI dejó al morir un hijo legítimo y varios bastardos, habidos éstos en sus relaciones con una dama de Sevilla llamada Doña Leonor de Guzmán, favorita del rey durante veinte años; no sin que la esposa de Don Alfonso y el padre de ella, que lo era el rey de Portugal, promoviesen graves disgustos que á poco si llegan á la guerra entre Portugal y Castilla. Los bastardos eran cinco: Don Enrique, Don Fadrique, Don Fernando, Don Tello y Don Juan, poseedores de señoríos é investidos de títulos y honores, como el de Conde de Trastámara el primero, y Maestre de la Orden de Santiago el segundo.

La sola circunstancia de existir esta división de linajes en la familia real, era ya, cuando menos, condición de posibilidad para grandes luchas. Y así ocurrió, en efecto. La reina madre, apenas enterrado su esposo, halló ocasión propicia para vengarse de su rival Doña Leonor, é hizo que Don Pedro la mandase prender. Semejante venganza había de producir la natural reacción en los hijos de Doña Leonor y en los que favorecieron las relaciones de ésta en vida de Don Alfonso XI.

Ya la propia Doña Leonor y sus hijos y parciales se habían adelantado á los sucesos, refugiándose (cuando aun no había recibido sepultura el rey difunto, y como recelando y preparándose á resistir) en diferentes castillos y plazas fuertes.

De todos ellos, era el bastardo Don Enrique—juntamente con su pariente Don Pedro Ponce de León, alcaide de Algeciras—quien más aire de ofendido parecía tener, aunque sin demostrar intento de rebelión, como en la corte se temía; tanto, que pronto se formalizó una reconciliación entre él y Don Pedro, volviendo también á la gracia del rey los deudos de aquél; y por el pronto, aunque se prendió, como hemos visto, á Doña Leonor, sus hijos mostráronse sumisos y aun recibían mercedes de Don Pedro. Duró esta paz bien poco: por una imprudencia de Doña Leonor, acrecieron los rigores contra ella, y aun parece que se trató de prender á Don Enrique, pues éste huyó con algunos amigos á Austria, donde tenía grandes posesiones y riquezas.

Por su parte, los nobles, amigos ó no de los bastardos, seguían ofreciendo grave motivo de intranquilidad, ora por sus ambiciones, ora por su descontento de ver que el rey favorecía sobre todos á un noble de origen portugués, Don Juan Alfonso de Albuquerque, su favorito y consejero principal, según hemos dicho; aparte de proseguir en la anárquica costumbre de tomarse la justicia por su mano y de atropellar al débil siempre que les convenía. Lo mismo sucedía con los prelados y señores eclesiásticos. Así, en el mismo primer año de su reinado, tuvo Don Pedro que amonestar al obispo de Plasencia por haber atropellado con fuerza de armas al prior é iglesia de Guadalupe, produciendo ó tolerando muchos desafueros y apoderándose de bienes del templo. Una grave enfermedad que sobrevino á Don Pedro hizo resaltar aún más este peligro; pues, creyendo que moriría, empezaron los nobles á disputar por la sucesión, apoyando unos (por no tener hijos Don Pedro) á Don Fernando de Aragón, marqués de Tortosa, sobrino de Alfonso XI, y otros á Don Juan Núñez de Lara, señor de Vizcaya, descendiente de los la Cerda y hombre poderosísimo. Adviértase que nadie pensó por entonces en invocar la candidatura de los bastardos, ni éstos hicieron gestión alguna en este sentido. Todo terminó con sanar el rey, y morir á poco Don Juan Núñez de Lara; pero, como ocurriese casi en seguida el asesinato de Doña Leonor, ordenado por la reina viuda (no se sabe si mediando consentimiento de Don Pedro, que era entonces casi un niño, pero